

Ciaxares estuvo próximo á retroceder ante las dificultades de la empresa. Pero la idea de que los tesoros de Babilonia, Susa, Siria y Egipto estaban al alcance de su mano, detrás de las murallas, estimuló su valor y persiguió á los vencidos hasta Nínive y puso sitio á la plaza.

Judea; renacimiento de Egipto.

El rumor de este gran desastre debió de producir un movimiento de atención y sorpresa en todas las provincias y entre los vasallos de Asiria, que se habían acostumbrado á considerar invencibles á sus dueños. Creyeron, sin duda, cercana la hora de la emancipación. ¿Estaban en situación de aprovecharse de las circunstancias y facilitar la tarea al medo que los vengaba?

Babilonia sentía aún muy fuertemente la impresión de su última derrota para levantarse, pero los señorillos independientes de Siria, fenicios, judíos, moabitas y amonitas, relegados



La Astarté fenicia.

á los extremos del imperio, veían una gran ocasión. El desastre experimentado por Sennaquerib en el desierto de Egipto había originado un gran triunfo para los profetas hebreos. Isaías y Ezequías habían atribuido la emancipación á un milagro, viéndose confirmados en su piadosa idea por la destrucción súbita de los batallones vencedores. Jehovah había demostrado su poder y su aversión á cuanto fuera culto idólatra ó alianza con el extranjero. Samaria había seguido las costumbres antiguas y había pedido socorro al Faraón, á pesar de las repetidas advertencias de lo alto, sucumbiendo al fin sin esperanza de desquite. Jerusalén se había arrepentido á tiempo y había vencido la cólera de su adversario. La alegría de verse libre del peligro no fué bastante viva para que olvidara Ezequías que el poder de Asiria era formidable y por esto no sólo respetó las condiciones de la paz, sino que parece que hasta su muerte observó una reserva absoluta, cuidándose de no provocar de nuevo la ofensiva con alguna maniobra inconsiderada. Esta prudencia, que le aconsejaba la política mun-

dana, se la encargaban á todas horas Isaías y los profetas, en nombre de Dios. Jehovah podía desde luego destruir á los enemigos, pero el pueblo no estaba todavía maduro para la religión ideal. En el fondo de su corazón echaba de menos el pueblo los altos lugares, los bosques místicos, la pompa de los holocaustos, las alegrías ruidosas y las voluptuosidades de las fiestas de otros tiempos. Pero antes de ser completamente digno

de su destino, había de perecer casi por completo, y los desastres recientes de Damasco y de Samaria, daban á entender la suerte que preparaba Asiria al resto de las doce tribus, el día que el rey de Nínive, cansado de las rebeliones del pueblo de Dios, pensase seriamente en la venganza. Matanza, destierro y deportaciones á países lejanos eran procedimientos acostumbrados en la política oriental. Judá los había visto aplicar á sus vecinos bastantes veces para no sentir el día que á ellos mismos se los aplicarían.

Las ideas antiguas y sus defensores, los profetas y sacerdotes de la antigua escuela, habían callado mientras reinó Ezequías. Cuando subió al trono su hijo Manasés, á la edad de doce años, levantaron la cabeza y vueltos al poder, restablecieron el culto de Jehovah como se practicaba en tiempo de Achaz. Volvieron á abrir las capillas locales, restauraron las imágenes, y plantaron de nuevo los bosques sagrados. Baal y Astarté fueron adorados en la montaña de Sión. El valle de Hinnom, donde Achaz había sacrificado á uno de sus hijos, vió encenderse de nue-



Músicos judíos.

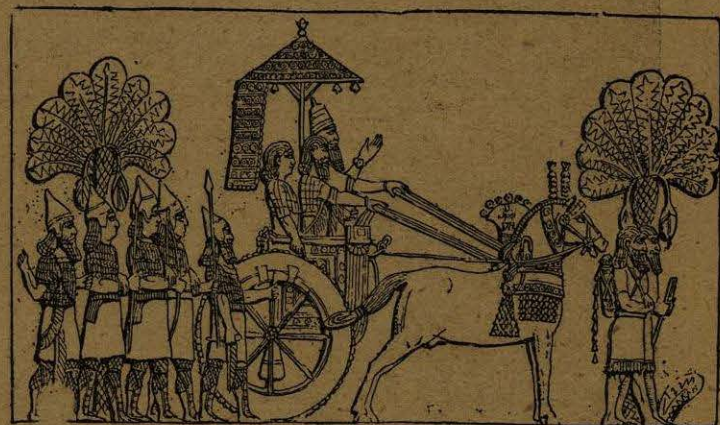
vo la hoguera. Aquello debía escandalizar á Israel, pero á la mayor parte del pueblo no le importó. Hubo, como antes, tantos dioses como ciudades, y al multiplicar los lugares de adoración, se creía, según el dogma antiguo, multiplicar los lazos que unían á Jehovah con los suyos. La reacción encontró alguna resistencia en los profetas y en sus fieles, y según las tradiciones, Manasés vertió mucha sangre inocente, y pereció Isaías durante la persecución. Importunado el rey por sus consejos y anatemas, lo mandó meter en un tronco de árbol hueco, y serrarlo en dos pedazos. Un príncipe, absorbido por las preocupaciones religiosas, no era muy de temer para Asiria. El hijo del rival de Sennaquerib siguió siendo humilde vasallo de Asurbanabal hasta que murió pacíficamente en el trono.

El reino de Amón fué una prolongación del de Manasés. Acabó por un crimen. Amón fué asesinado y le substituyó Josías, niño de ocho años, venciendo de nuevo el partido de la reforma. Un reino con un rey menor y dividido en dos sectas religiosas, no podía pensar en aprovecharse de lo que pasaba en Asiria, como no lo incitase su poderoso vecino Egipto, y éste, escarmentado, se

encontraba á la expectativa y no se apresuraba á reanudar los hilos de su política siria. El relato del modo que empleó Psamético para hacerse dueño único, nos ha sido transmitido por una novela popular. Dícese que en aquel tiempo el valle del Nilo estaba repartido entre doce príncipes confederados, pero un oráculo había predicho que perteneciera por completo á aquel de los doce que hiciera una libación al dios Phtah en una copa de bronce. Un día que estaban todos en el templo de Memfis les presentó el sumo sacerdote las copas de oro que habían de utilizar, pero habiéndose equivocado al contarlas, no la hubo para Psamético. Entonces se quitó el casco de bronce que llevaba en la cabeza, y lo usó para hacer la libación. Enterándose los otros, recordaron el oráculo y desterraron al sospechoso á los pantanos del Delta, prohibiéndole que saliera de ellos. Allí le predijo la diosa de Bouto que su venganza procedería del mar, cuando salieran de

éste hombres de bronce. Creyó al principio que los sacerdotes se mofaban de él, pero poco tiempo después desembarcaron piratas carios y jónios, revestidos con sus corazas de metal. El egipcio que trajo la noticia nunca había visto soldados con armadura completa, y contó que andaban corriendo el campo unos hombres de bronce salidos del mar. Psamético conoció en seguida que se realizaba la predicción; corrió al encuentro de los extranjeros, los alistó á su servicio y venció á los once príncipes.

Prescindamos de lo maravilloso que haya en tal relato. Cuando Psamético siguió los proyectos ambiciosos de su familia, tenía ante sí á los barones del Delta, mandados todavía indudablemente por aquel mismo Paksuru, que era su jefe principal desde la muerte de Nechao.



Asurbanabal en su carro de gala. (Bajo relieve asirio.)

Vencido una vez y obligado á refugiarse en los pantanos, alistó tropas mercenarias jónicas y carias llevadas á Egipto por el acaso, y pidió auxilio á Giges el lidio, que acababa de vencer á los cimerienses. Era aquel el momento en que Shamashshumkin buscaba aliados para ayudarle en su rebelión contra Asiria y enviaba embajadores á todas partes solicitando apoyo de los descontentos. La certeza de una diversión importante en el Tigris y en el Eufrates, animó al saíta á probar fortuna. La bravura de sus auxiliares carios y griegos, le dió la victoria. Los confederados vencidos cerca de Momenfis, quedaron destronados ó reducidos á la condición de vasallos. Las tropas asirias que pudo haber de guarnición entonces en las plazas fuertes, fueron arrastradas en la derrota de los reyezuelos egipcios, y Asurbanabal, ocupado con la revolución de Babilonia, nada hizo para conservar la provincia que se le escapaba. Libertado el Delta, la Tebaida, que hacía tiempo no influía ya

en los destinos del país, se sometió sin resistencia. Sabacón había confiado antes su gobierno á su hermana Amenertais y ésta se casó con un tal Phionkhi, del cual quedan algunos monumentos. De aquella unión había nacido una hija, Shapenuapit, en quien se encarnó el derecho hereditario de las dinastías viejas. Psamético les obligó á adoptar como heredera á una de sus hijas, que tomó el nombre de Shapenuapit, y esta adopción dió á su autoridad el carácter de legitimidad que le faltaba. Hasta entonces no había sido más que un usurpador afortunado.



Templo de Abu-Simbel. (Alto Egipto.)

En adelante fué el único rey legal al Sur y al Norte. No se sabe exactamente en qué año ocurrió tal acontecimiento. Psamético fechaba su advenimiento oficial cuando la muerte de Taharcu (666). La expulsión de los asirios, la última conquista etiópica y la guerra contra los principillos, se llevaron por lo menos diez años. La adopción se verificó en 658, y quedó Psamético de único dueño del país situado entre la primera catarata y las costas del Mediterráneo. El objeto anhelado por sus antepasados durante un siglo se había conseguido.

Encontrábase Egipto en un estado deplorable de miseria y de abandono. Todas las grandes ciudades habían padecido mucho. Memfis había sido sitiada y saqueada varias veces; Tebas

saqueada y quemada dos veces por los asirios. Desde Siena hasta Tanis no había un pueblo que no hubiera sido maltratado en una ú otra invasión. Los canales y caminos, arreglados en tiempo de Sabacón, estaban descuidadísimos: los campos habían sido devastados y diezmada la población periódicamente. Psamético sacó un Egipto nuevo de las ruinas del antiguo. Restableció caminos y canales, devolvió la tranquilidad á los campos, favoreció el desarrollo de la población y ejecutó las obras necesarias para la terminación y restauración de los edificios sa-

grados. En Memfis construyó los propíleos del templo de Phtah y el patio donde se alimentaba al Apis reinante. También atendió mucho á los Apis muertos, como lo habían hecho sus antecesores, desde que Ramsés II construyó el gran subterráneo del Serapeum para los toros que morían. Al producirse un derrumbamiento en la parte del hipogeo, donde estaba el último Apis, fallecido el año xx, mandó á los ingenieros que abrieran una galería nueva en una vena caliza más sólida, la cual fué el punto de partida de una restauración completa. En Tebas reedificó las porciones del templo de Karnak, destruidas durante la invasión asiria. El valle del Nilo se convirtió en un vasto taller donde se trabajó con singular actividad, y las artes, estimuladas por el

rey y los altos funcionarios, pronto volvieron á florecer. La pintura y el grabado de los jeroglíficos llegaron á una finura admirable: multiplicáronse las estatuas y los bajos relieves.

También la política exterior renació al advenimiento de la dinastía xxvi, y fué inteligente y amplia. Ya no estaba Egipto rodeado como en otro tiempos de Estados pequeños. Al S. y al NE. limitaba con dos imperios conquistadores, Etiopía y Asiria; al Este, la fundación de Cirene por los griegos (de 648 á 625 antes de Jesucristo) había dado cierta consistencia á las poblaciones flotantes de Libia. Lo primero era

una revolución en lo interior del imperio. Imitando á los grandes Faraones de otros tiempos, había llamado junto á sí á los extranjeros. Después de la caída de Samaria y de las guerras de Sennaquerib, se habían refugiado en el Delta muchos judíos y sirios. Junto á aquellas poblaciones semitas que crecían sin cesar, quiso colocar tribus de raza diferente, y concedió tierras á lo largo del brazo pelusiaco á los carios y jonios cuyos servicios había utilizado. Cuidó de separar á los jonios de los demás por toda la anchura del Nilo. La precaución no era superflua, porque su reunión bajo una misma bandera



Ruinas del Ramesseum. (Tebas.)

fortificar los puntos vulnerables del país, las salidas del camino de Siria al Este, las cercanías del lago Mareotis al Oeste, y al Sur, las de la primera catarata. Contra los asirios fortificó Psamético á Dafnis, cerca de la antigua fortaleza de Zarn. Numerosas guarniciones protegieron la Tebaida y las regiones occidentales del Delta contra sirios y etíopes. En cuanto á Siria no le inspiraban deseo de meterse en sus asuntos los recuerdos de su juventud. Cualquiera intervención suya podía provocar terribles represalias, y una derrota le habría expuesto á ser tratado como vasallo rebelde. No obstante, quizá se habría arriesgado á aprovechar la ocasión que le proporcionaban las victorias de Ciaxares, si no le hubiera quitado parte de sus recursos

no había extinguido sus odios de nación y no bastaba para evitar las hostilidades entre mercenarios de diverso origen. Colonos milesios, estimulados por su ejemplo, llegaron con treinta barcos á la entrada de la rama bolbitina del Nilo y fundaron una factoría llamada Campamento de los Milesios. Otras bandas vinieron á reforzarlos, y el rey les confió niños para que les enseñasen la lengua griega. El número de intérpretes creció rápidamente, así como se hacían más frecuentes las relaciones de comercio y de amistad entre ambos pueblos, y al poner á los suyos en contacto con una nación activa, industriosa, emprendedora, llena de savia y juventud, creyó Psamético que se lo agradecerían. Pero se equi-

vocó, pues á Egipto le habían hecho bastante daño en dos siglos los extranjeros de todas clases para que los acogiera bien en su territorio, aunque se presentaran como aliados. Toleraba á los pueblos que conocía de mucho tiempo, y cuyas costumbres no se apartaban mucho de las suyas, como fenicios, judíos y hasta asirios, pero se negó á aceptar á los griegos. Estos, en cambio, asombrados al ver una civilización tan robusta todavía y tan imponente en su decadencia, se enamoraron de ella. Enlazaron con sus dioses el origen de sus dioses y con sus razas reales la genealogía de sus familias heroicas. Mil leyendas nacieron en las marinas del Delta acerca del rey Danaos y de su destierro en Grecia, después de una rebelión contra su hermano Armais; sobre las emigraciones de Kekrops y sobre la identidad de Atenea con la Wit de Sais; sobre la lucha de Hércules contra el tirano Busiris y sobre la estancia de Elena y Menelao en la corte del rey Proteo. Pagó Egipto toda esta admiración de Grecia con menosprecio y desconfianza. El heleno le parecía un ser impuro, junto al cual no se podía vivir sin mancharse. La gente de clase inferior se negaba á comer con ellos y á usar sus cuchillos ó sus cacerolas. Los de la clase alta los trataban como á niños, sin historia y sin experiencia, cuyos antepasados eran unos bárbaros pocos siglos antes.

Sorda al principio, la hostilidad contra los septentrionales no tardó en manifestarse abiertamente. Psamético había colmado de favores á los jonios y carios que le habían ayudado á conquistar el trono; les encargó la guardia de su persona y les confió el puesto de honor en el ala derecha del ejército. Los griegos ganaban con ello honra y fortuna, porque los guardias del rey cobraban una paga considerable. Cuando los mashashuashas y los soldados indígenas se vieron desposeídos por los recién venidos de las ventajas que habían disfrutado hasta entonces, empezaron á murmurar. Una circunstancia enojosa acabó de disgustarlos. Las guarniciones de Dafnis, Morea y Abu no fueron relevadas en tres años. Molestados con esto y pensando que una tentativa de rebelión no tendría próspero éxito, decidieron expatriarse. Se reunieron 240.000 con armas y bagajes y se dirigieron á Etiopía. Enterado demasiado tarde Psamético de su proyecto, echó detrás de ellos con muy poca gente, los alcanzó y les rogó que no abandonaran los dioses de su patria, ni á sus mujeres é hijos. Uno le respondió en nombre de

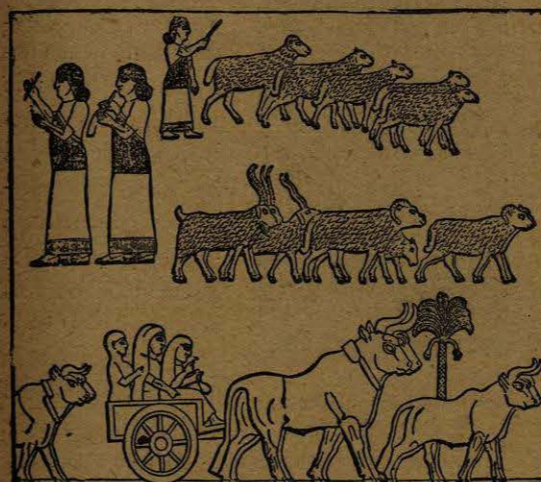
todos con ademanes brutales que estaban seguros de crearse una familia en donde quiera que fuesen. El rey de Napata los acogió bien, los alistó á su servicio y les otorgó permiso para conquistar por su cuenta un territorio ocupado por sus enemigos. Se establecieron en la península que forman el Bahr-el-Azrek y el Bahr-el-Abyad y se multiplicaron, llegando á formar un pueblo considerable. En memoria del insulto que habían recibido, adoptaron el nombre de Asmakh, ó gente á la izquierda del rey. Los viajeros griegos los llamaron antomolos y sembritas, nombre que conservaron hasta los primeros siglos de nuestra Era.

Esta deserción en masa cuando Egipto tenía mayor necesidad de sus recursos, no le permitía intervenir útilmente en Siria ni fomentar los manejos que habrían podido provocar revueltas decisivas. Asurbanabal pudo concentrar de este modo sus fuerzas para rechazar la invasión de los medos. El sitio de Nínive se prolongó, y parecía tan cercano el momento en que la gran ciudad sufriera la suerte que había infligido á sus rivales, que la voz del profeta Nahum se elevó en Judea para predecirle anunciando la destrucción en brevísimo plazo.

Asiria se salvó, aunque por poco tiempo, de la desolación que le anunciaba el profeta.

De creer una tradición corriente, dos siglos después en el Asia Menor una horda de escitas que se había lanzado en persecución de los cimerienses, atravesó el Cáucaso por las Puertas Caspias y tropezó con los medos y los derrotó, obligando esta derrota á Ciaxares á levantar el sitio de Nínive. Pero el azar no debió de tener influencia ninguna en esta crisis. Hacía dos años que los asirios estaban en relaciones con los escitas, procurando vivir amistosamente con ellos, y el rey Asarhaddon había casado á una hija suya con su rey Bartatua. No sé si Madyes, hijo de Bartatua, lo era también de aquella princesa y sobrino por tanto de Asurbanabal, pero me parece seguro que si intervino tan prontamente en la lucha no fué por casualidad, sino respondiendo á un llamamiento del rey de Asiria. Ciaxares tuvo que soltar la presa levantando el sitio de Nínive y marchar al encuentro de aquel adversario que inopinadamente

te invadía á Media. Dióse la batalla en la región habitada antes por los manai, y vencedor Madyes, no se detuvo donde hubiera deseado su aliado. Después de haber saqueado el territorio de los medos, se lanzó sobre Asurbanabal y sus vasallos. La Asiria propiamente dicha fué la primera castigada por sus bárbaros auxiliares. Cansada por las largas guerras contra Elam, contra Caldea y contra Media, no tenía bastante vigor para reaccionar y fué devastada por completo. Se salvó Nínive pero fueron quemadas y sa-



Conducción de rebaños y mujeres cautivas por los asirios.

queadas Kalakh y Asur. Como los hunos diez siglos más adelante, no respetaron los escitas sexo ni edad. Destruían las cosechas, degollaban ó robaban los rebaños, incendiaban los pueblos, matando ó esclavizando á los habitantes que no habían logrado escapar. Demasiado ignorantes en el arte de la guerra para sitiar según reglas, dejaban á las plazas fuertes tranquilas si les pagaban un corto tributo. Si las riquezas que encerraban les prometían rico botín, las bloqueaban hasta que el hambre las obligaba á rendirse. Más de una ciudad antigua donde se habían acumulado tesoros fué entrada á sangre y fuego; más de un distrito fértil y populoso fué asolado. El reino de Vrtati desapareció en aquella tormenta. Los muskhi y los tabal, que durante ocho siglos habían resistido á los ejércitos asirios, apenas se escaparon de la destrucción. Sus restos fueron empujados hacia el Norte, á las montañas del Ponto Enxino, donde los griegos conocieron á sus descendientes, moscos y tibarenes. A los cimerienses les cupo la misma suerte. Después de algunos triunfos parciales, especialmente cerca de Zela, su rey Cobos fué

hecho prisionero por Madyes. Los súbditos, incorporados á las hordas escitas, se asociaron á sus incursiones, y las naciones civilizadas de Asia, que los temían desde larga fecha, aplicaron su nombre á sus dueños. Escitas y cimerienses fueron de provincia en provincia, de Mesopotamia á la Siria del Norte y á Fenicia, y de éstas á Damasco y á Palestina.

Doce años hacía que reinaba Josías en Jerusalén cuando el peligro escita apareció en el horizonte de Judea. Al averiguar los profetas la derrota de Ciaxares, la humillación de Asiria y la desgracia de tanto Estado poderoso, empezaron á temer que aquello fuera señal de la cólera divina. Así lo anunció Zefaniah, bisnieto de Ezequías, y resonó también otra voz más poderosa, la de Jeremías, hijo de Hilkiah, que había de ser uno de los profetas más grandes de Israel, y cuyas lamentaciones han alcanzado la mayor celebridad.

Probablemente fueron las montañas de Judá las que salvaron del ataque á Jerusalén, pero el terror fué tan grande, que á los cuarenta años todavía no se había borrado la impresión, y la expresaba enérgicamente el profeta Ezequiel. La ola de la invasión expiró en las fronteras de Egipto. Psamético I ofreció ricos presentes á los escitas que volvieron sobre sus pasos, y asolaron el país de los filisteos. Al paso, saquearon el templo de Derket, cerca de Ascalón, pero desde aquel momento empezó á decaer su poderío, y las generaciones siguientes vieron en su caída el castigo impuesto por la diosa cuyo santuario habían profanado. No era necesario inventar causas sobrenaturales para explicar su decadencia. Empezando cada año una guerra nueva, llenaban difícilmente los huecos que el combate abría en sus filas. Los excesos de todas clases los diezaban, su número disminuía, y su imperio derrumbóse tan súbitamente como se había elevado. No sabemos exactamente lo que sería de ellos en Siria y en Asia Menor. Los medos dieron el golpe mortal al grueso de su nación. Estos habían reparado sus pérdidas con bastante prontitud, pero antes de afrontar la lucha abierta, quisieron deshacerse de Madyes. Cuenta Herodoto que Ciaxares le convidó, con sus principales oficiales, á un banquete. Allí, después de emborracharlos, los mató, y al día siguiente emprendió la campaña. A pesar de la traición, que les había dejado sin generales,

los bárbaros se defendieron valerosamente, y antes de ser expulsados, sostuvieron una guerra larga y sangrienta, cuyos pormenores nos conserva la leyenda. Según su costumbre, Ctesia de Cnido bordó sobre este tema toda clase de aventuras maravillosas ó novelescas. Dice que á los escitas y partos unidos los mandaba la reina Zarinea, que derrotó á los medos varias veces y trató, por último, con ellos en condiciones de igualdad. Firmada la paz, se retiró á su capital Roxanake, donde terminó sus días. El único hecho cierto es que Cíaxares echó á los escitas de Media y nadie sabe lo que después fué de ellos. Una parte parece que volvió á Europa por el Cáucaso; otra vagó algún tiempo entre el Araxes y el Halys, buscando un distrito vacío en donde establecerse. Herodoto afirma que dominaron en Asia veintiocho años desde su primera victoria hasta el levantamiento de los medos. Parece que su poder duró unos veinte años, desde 634 á 614.

Este corto espacio de tiempo bastó para transformar la faz del mundo asiático. Los Estados antiguos que hasta entonces hicieron papel principal en la historia, habían sido trastornados ó habían desaparecido. Muerto el viejo Asurbanabal en 625, acababa miseramente uno de los reinados más gloriosos de la Historia. Su hijo Asuretiliani trató en vano de reparar el desorden. Sobre las ruinas de los palacios suntuosos elevados en Kalakh por sus antepasados, reconstruyó apresuradamente una especie de casa groseramente edificada, y decorada más toscamente todavía. No se sabe cuánto tiempo permaneció en el trono, pero en 620 ya lo ocupaba uno de sus hermanos llamado Sinshanihkun (Saracos por los griegos) que al principio reinaba en Babi-



Falange asiria ante una ciudad sitiada.

lonia lo mismo que en Nínive. Pero Caldea no le obedecía más que por la fuerza de la costumbre, y en 611 encontró pretexto para romper

el lazo que la unía á Asiria. La gobernaba un caldeo de raza antigua, llamado Nabopolasar, que tomó el título de rey al morir Asuretiliani, sin dejar de ser vasallo de Saracos.



Stela triunfal de Asarhadon con reyes sirios á sus pies.

Dice la tradición que un inmenso ejército de bárbaros procedente no se sabe de dónde, desembarcó súbitamente en las bocas del Tigris y del Eufrates. Quizá se tratara de una rebelión de Bit Iakin y de los distritos marítimos, análoga á las que tanto preocuparon á Sargón, á Sennaquerib y á Asarhaddón. Saracos mandó á Nabopolasar que fuera contra los bárbaros, lo cual verificó, pero en vez de atacarlos, trató con ellos y, cuando estuvo seguro de su apoyo, se declaró independiente. Debilitada como estaba Nínive, inspiraba todavía tal terror, que le siguieron siendo fieles las ciudades del Bajo Eufrates. Saracos se preparó á castigar á su vasallo insolente y quizá lo hubiera logrado, si el dios Marduk, que nunca abandonaba á sus devotos, no hubiera ganado un aliado á Nabopolasar.

Toda Asia tenía la mirada fija en Cíaxares, desde que había acabado con el poder de los escitas. Nabopolasar se dirigió á él, y éste le prometió su ayuda. Dicese, que para cimentar la alianza se arregló un casamiento entre Amitis, hija del rey medo, y Nabucodonosor, heredero de Babilonia. Parece que todavía tenía tanta fuerza el prestigio asirio que ningún súbdito del imperio se atrevió á auxiliar este ataque supremo. El mismo Nabopolasar se limitó á reducir las guarniciones que había en las ciudades de la Caldea meridional, y dejó á los medos la gloria de acabar con el enemigo común. Shinshariskun fué vencido en campo raso y se encerró en el triángulo asirio con el resto de sus tropas. Allí resistió durante bastantes años, y la energía de su resistencia dió esperanzas de que acabaría por

cansar la paciencia de los iranos, y por recordar su ascendiente. Prueba de ello es la historia de Josías. Pasada la invasión de los escitas, Psamético I se había arriesgado á poner el pie en Siria, y había restablecido la antigua autoridad de Egipto; si no sobre todos los filisteos, á lo menos sobre Azhdod. Quizá tratara de negociar con Judá, pero el partido de los profetas se había mostrado hostil á toda alianza con él, y no había insistido. Empleó los últimos años de su vida en rehacer sus milicias desorganizadas por la defección de los mashuacha y en armar una escuadra. Pero cuando murió, el año 511, después de reinar cincuenta y cuatro años, su sucesor, que se llamaba Nechao,



Sinshanihkun (Saracos).

como su abuelo, no hizo caso de las consideraciones que le habían preocupado. Era un rey activo y audaz, semejante á los grandes Faraones tebanos, y al cual no le faltó, para igualarse con Thutmosis y Ramsés, más que tener recursos iguales á los de ellos. Psamético le había legado un ejército sólido, y él acabó de ponerlo en pie de guerra. Nínive, sitiada por Cíaxares, estaba en gran aprieto: él quiso tomar parte en el despojo y se arrojó sobre Siria. Creía que los pequeños Estados sirios le acogerían como á un libertador y acertó en cuanto á Tiro y á Fenicia, pero se equivocó al contar con Josías. A éste no le había hecho daño la invasión escítica, pero la impresión que le causó, había excitado su fanatismo. A Judá, según los profetas, no le quedaba más refugio que Jehovah, y no podía esperar salvación, si persistía en las doctrinas que habían inflamado la cólera de Jehovah contra los infieles. Tenían que romper los ídolos, reformar los ritos, concentrar al pueblo alrededor del dios único y del templo de Salomón, volviendo á observar estrictamente la ley tal como la habían conocido los antepasados. Pero como aquella ley venerable no se encontraba en ninguno de los libros sagrados conocidos en Israel, se ignora-

ba si existía y dónde se encontraba oculta.

Durante el año diez y ocho de su reinado (623), el rey Josías envió al templo á Shafán, para recibir del gran sacerdote Hilkiah el dinero recogido á las puertas y que servía para la conservación del edificio. Hilkiah dijo que había encontrado en el templo el libro de la ley, y se lo dió á Shafán, que lo examinó. Al dar lectura de aquel libro á Josías, éste no supo qué decisión tomar, y encargó á Hilkiah, á Shafán y á otros oficiales regios que consultarán á Jehovah. Pero ellos, en vez de dirigirse á los profetas oficiales, recurrieron á la profetisa Huldah que vivía en Jerusalén, casada con un funcionario de la corte. Esta les dijo que la cólera de Jehovah procedía de que el pueblo le había abandonado para adorar á otros dioses, y que por haberse arrepentido Josías, éste moriría tranquilo, y no vería las desdichas que amenazaban á los hebreos. Llamó entonces Josías á los jefes de Judá y Jerusalén, y dirigiéndose con ellos, sacerdotes, profetas y pueblo, al templo, les leyó las palabras del *Libro de la Alianza*.

El redactor desconocido de este libro, suponía que Moisés, dueño ya de Galaad y próximo á morir, quiso promulgar las leyes que el Eterno le había dictado para los hebreos. Proclamábase en primer lugar la unidad de Dios, al cual solamente se debía rendir culto, derribando los altares de otros dioses y acabando con cuantos aconsejaran adorarlos. Deseaba Jehovah que se le rindiera culto en Jerusalén. Se determinaba la condición de los diversos miembros de la comunidad judía, en sus relaciones mutuas. Se indicaba la necesidad de que el rey se pareciera lo más posible al sacerdote ideal, de que meditase y aplicara la ley de Dios, y de que al emprender una guerra confiase más en el auxilio de Jehovah que en sus fuerzas materiales. Encargábase la protección á las viudas y á los pobres, la emancipación de los esclavos judíos á los seis años de servidumbre, y se dictaban reglas para la administración de justicia.



Un hebreo del tiempo de Josías.

Respecto al culto, se indicaba la convenien-

cia de concentrarlo en un templo único, pero no convirtiéndolo en vasto matadero administrado por una casta privilegiada. Se instituían tres grandes fiestas religiosas: la Pascua, que era la más importante, se había de celebrar en Abib, en el mes de las espigas, y era como una conmemoración de la salida de Egipto; las otras dos, una de las simientes y otra de los tabernáculos, se verificaban, la primera siete semanas después de la siega, y la segunda al hacerse la última recolección. Asi-



Un monarca asirio y su visir.

milábase al sacerdote con los pobres, huérfanos y viudas, y se le señalaba una parte de la víctima sacrificada en aquellas diversas circunstancias, y un diezmo de trigo, vino y ganados. Correspondía al profeta guiar al pueblo en los casos no previstos por la ley.

El supuesto Código mosaico existe aún, en sus partes principales, y se intercaló más adelante en lo que se llama hoy Deuteronomio, cuya parte legislativa constituye.

Terminada la lectura, Josías proclamó el pacto con Jehovah, y como consecuencia de esto, empezó una terrible persecución contra los paganos y los partidarios del culto antiguo. Fueron destruidos los dioses extranjeros, y degollados los sacerdotes de Baal en sus propios altares.

Calmado el primer entusiasmo, se notó una reacción en las clases altas y en el pueblo, pues verdaderamente, el espectáculo que ofrecía Asia era muy á propósito para inspirar dudas á los fieles. Aquella Asiria que, según los profetas, era instrumento irresistible de las venganzas del Altísimo, no sólo había perdido su elevada categoría entre las naciones, sino que agonizaba bajo los ataques de Cíaxares. Por otra parte, aquel Egipto, cuya destrucción por los asirios se había vaticinado, salía de sus ruinas más vigoroso que antes. Si se decidía á reaparecer allende el istmo, ¿qué actitud tendría que adoptar Judá entre este poder rejuvenecido y la Asiria moribunda? La crisis estalló en la primavera de 608. Nínive, sitiada por los medos, estaba á punto de capitular, y poco faltó para repartirse sus despojos. Si Nechao tardaba mucho en apoderarse de su parte, corría el riesgo de que se repartieran la herencia prescindiendo de él. Dejó á Memfis, y una vez más se encaminó á Egipto por la ruta tradicional del Eufrates. Ya no era el ejército egipcio como un siglo antes, una mezcla de tropas etiopes y contingentes feudales, condenados á la derrota por el odio y las desconfianzas que los dividían. Todos los elementos que lo formaban, egipcios, griegos, libios y carios, estaban á merced de su jefe, y avanzaban en masa compacta é irresistible como el Nilo. En cuanto se enteró Josías, convocó sin vacilar á sus tropas y se preparó á rechazar el ataque. Nechao afectó desdenarle, envió un mensaje á Josías aconsejándole que no se metiera en la contienda, y siguió su camino hacia el Norte, pero aunque Nínive estuviera tan decaída, no se creyó Josías desligado de sus juramentos de auxilio. Confiado en la protección de Jehovah marchó paralelamente al invasor y fué á aguardarle en Mageddo, donde nueve siglos antes había vencido Thutmosis III á los sirios confederados. Los judíos no pudieron resistir el choque y se desbandaron. Josías fué atravesado por una flecha y Nechao continuó su avance. Detúvose en el Eufrates, junto á Carchemis, y después de haber dejado guarniciones en algunos puntos importantes, volvió á bajar hacia el Sur. Permaneció algún tiempo en Riblah para recibir el homenaje de los príncipes sirios y allí supo que los judíos, sin consultarle, habían proclamado rey á Joacaz, hijo de Josías, al cual juzgaban



1. Escudero del ejército.—2 y 3. Monarcas babilónicos. 4 y 5. Sacerdotes con el cetro y túnicas de oficiar. 6 y 7. Guerreros y Hondero.—8. Lancero.—9. Rey en traje de guerra. 10. Monarca seguido de sus principales servidores.